



Revista de Literatura Hispanoamericana  
No. 64, Enero-Junio, 2012: 103 - 119  
ISSN 0252-9017 ~ Dep. legal pp 197102ZU50

## La obsesión civilista en la novelística venezolana del último tercio del siglo XIX: Caso *Peonía*

Ana María Romero P.

*Programa de Ciencia y Tecnología, Proyecto de Ingeniería en Gas,  
Universidad Experimental Nacional Rafael María Baralt, UNERMB,  
Maracaibo, 2012. E-mail: romeroanamary@yahoo.es  
aromero@unermb.edu.ve*

### Resumen

El presente trabajo se inscribe en la perspectiva de relaciones interdisciplinarias características de los estudios culturales con el propósito de estudiar la narrativa venezolana del último tercio del siglo XIX como un discurso promotor de las premisas positivistas recién llegadas al país y de la urgencia de aplicarlas a los habitantes de la periferia de la civilización: las zonas rurales. Del conjunto de obras se eligió *Peonía* (1890), de M.V. Romero García. Se siguen los aportes teóricos de la académica venezolana González Stephan en *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional* (2002). El análisis culturalista revela: 1) La literatura realizada por la intelectualidad ligada a las élites seguía siendo una práctica discursiva con fines más pedagógicos que estéticos, para configurar un proyecto nacional de modernización republicano. 2) Los principios positivistas de civilización y progreso contra barbarie y atraso, a los cuales se adhirieron los intelectuales actualizaron las líneas ideológicas de la modernización. 3) La obra, en constante contrastación entre la ciudad civilizada y el bárbaro campo, muestra una contradicción en el planteamiento ideológico pues promueve las ideas del progreso en el campo, pero al mismo tiempo niega dicha posibilidad por la configuración social y étnica de los habitantes rurales, mayormente mestizos. Romero García, con pensamiento conservador, veía serias li-

---

Recibido: 15-09-11 • Aceptado: 01-12-11

mitaciones en el avance positivo en el país, si las bases de la sociedad venezolana estaban contaminadas por elementos culturales tan diferenciados y ahistóricos como lo indígena.

**Palabras clave:** Novela venezolana, positivismo, modernización, teoría culturalista.

## The Civilist Obsession in Venezuelan Novels of the Final Third of the Nineteenth Century. The Case of *Peonía*

### Abstract

This work relates to the interdisciplinary relationships perspective characteristic of cultural studies; its purpose is to study Venezuelan narrative during the final third of the 19th century as discourse promoting the positivist assumptions that had recently arrived in the country and the urgency of applying them to inhabitants in rural areas, on the periphery of civilization. From this group of works, *Peonía* (1890) by M.V. Romero García was chosen. Theoretical contributions by the Venezuelan academic González Stephan in *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional* (2002) were followed. The culturalist analysis reveals: 1) Literature by the intelligentsia linked to the elite continued to be a discursive practice with more pedagogical than aesthetic ends, i.e. setting up a national republican modernization project. (2) The positivist principles of civilization and progress against barbarism and backwardness, to which the intellectuals adhered, updated the ideological lines of modernization. (3) The work, which constantly compares the civilized city to the barbaric countryside, shows a contradiction in ideological approach because it promotes ideas of progress in the countryside while it denies this possibility for the social and ethnic configuration of rural, mainly mixed-race inhabitants. Romero García, using conservative thinking, saw serious limitations for the advance of positivism in the country if the bases of Venezuelan society were contaminated by such differentiated and ahistorical cultural elements as the indigenous.

**Key words:** Venezuelan novel, positivism, modernization, culturalist theory.

## **Introducción**

Las investigaciones literarias centradas en la propuesta interdisciplinaria de los Estudios Culturales han ido ganando terreno en la comunidad académica nacional e internacional, junto a las metodologías más reconocidas de la crítica literaria. Dejando de lado las polémicas sobre su conceptualización y campo de estudio, la aplicación de la teoría de los Estudios Culturales es oportuna, hoy en día, para ampliar el concepto del texto literario, de discurso autónomo en su significado a discurso generador de cultura; ampliando así la visión literaria hacia totalidades culturales.

Desde la perspectiva de los Estudios Culturales, la Literatura no es un exclusivo producto cultural (la superestructura) de una sociedad que refleja mecánicamente las condiciones socio-económicas (estructura económica); es una práctica verbo-simbólica encargada de construir ciertas y particulares realidades. Los discursos escritos en Latinoamérica, y Venezuela a partir del período republicano tuvieron estas características. Los textos escritos en su más variada naturaleza como manuales de conducta, leyes, constituciones, diccionarios, textos de historia, novelas, cuentos, romances, crónicas y un largo etcétera; sirvieron para modelar la nueva realidad del continente.

Para la sociedad venezolana de la era republicana era imprescindible modificar todas las estructuras sociales y culturales para acceder al progreso y acercarse nuevamente a las metrópolis europeas: España, Francia o Inglaterra. Las élites gobernantes se adscribieron a un proyecto de modernización inspirado en la propuesta económica y social del liberalismo europeo. Este proyecto modernizador buscaba la reinserción de la economía venezolana en el circuito mundial desde la base económica para llegar a la esfera de lo cultural. La reorganización en la esfera económica se caracterizó más bien por una readecuación de formas económicas heredadas de la colonia como el latifundio, la esclavitud o servidumbre, el monocultivo, para asimilarse con el capital financiero internacional; mantener la llamada economía de puerto, la mono exportación agrícola y mantener la función consumidora, antes que productora de bienes. En el fondo era una reedición del colonialismo europeo con otro fundamento jurídico político, una renovada dependencia con respecto a las metrópolis de dicho continente.

Para el área cultural se comenzó por relanzar proyectos de unidad lingüística y cultural que reinsertaban a Venezuela con la sociedad española y su devenir histórico. El trabajo intelectual de Andrés Bello y

su afán por consolidar la unidad lingüística a través de la sistematización de la gramática castellana apuntaba en esa dirección.

La investigadora venezolana González Stephan (2002), como muchos otros investigadores de la cultura latinoamericana, afirma que los grupos dominantes de cada una de las repúblicas de Latinoamérica fueron quienes asumieron, además del ejercicio político, los roles de ser los pedagogos, historiadores, antropólogos, narradores y poetas de su tiempo. Ellos sentarían las bases de las nuevas y modernas repúblicas, el pasado a rescatar u obviar y las expresiones literarias más representativas de la nueva nacionalidad.

Concebida así, la literatura fue la punta de lanza de los intelectuales quienes en rol pedagógico consciente se dedicaron con firmeza a construir discursos en los cuales el fin no era distraer sino sensibilizar las mentes de los venezolanos hacia los nuevos paradigmas ideológicos. La nueva sensibilidad a proyectar sobre las masas venezolanas incluía nuevo concepto de ciudadanía, republicano, cónsono con el de las nacientes repúblicas. Además, debía ser eficaz para mostrar el atraso en el que vivía el país y de la impostergable toma de conciencia acerca de cuáles elementos culturales contribuían con dicho atraso, para así establecer la antítesis progresista y generar en la

sociedad en general una síntesis como era el progreso. El género novelesco fue el mejor instrumento para difundir esta nueva mentalidad, junto a la prosa ensayística desarrollada en prensa. Ambas buscaban moldear las conciencias venezolanas para construir el nuevo país que la dinámica económica de fines del siglo diecinueve demandaba.

La anterior premisa ideológica va a dominar las primeras décadas del período republicano. Sin embargo, el optimismo inicial de las élites y su ciega confianza en el proceso de modernización desde la óptica liberal cedió su lugar a un relativo desencanto; el esfuerzo modernizador se materializaba a medias y las muestras de civilización solo eran perceptibles en la capital y ciudades-puerto más prominentes. En el último tercio del siglo XIX, los intelectuales venezolanos perdieron influencia dentro del sector dominante y ganaron una relativa independencia para la creación estética, sin alejarse demasiado de la función pedagógica asignada al discurso literario.

Con la llegada de las ideas positivistas hay una revitalización del proyecto liberal modernizador tanto para los políticos, como para los intelectuales, imbricando los principios del liberalismo con el desarrollo positivo de las naciones. Como la realidad de la mayor parte del país mostraba el mismo estancamiento pre y post in-

dependentista, los intelectuales identificados con las ideas del positivismo renovaron los esfuerzos estético-pedagógicos para seguir fortaleciendo el ideal civilizador y denunciar las condiciones materiales de atraso nacional. Entre el amplio sector letrado, hubo los que eligieron el espacio rural para desarrollar su propuesta civilizadora tratando de abordar dos aspectos de sus recurrentes reflexiones: el campo como depósito de lo “auténticamente nacional” y el gran espacio a redimir del marasmo económico y cultural en el que estaba sumido.

Manuel Vicente Romero García encarna a la perfección a este intelectual de fines de siglo<sup>1</sup>. Fue militar, político y al retomar la senda letrada (como articulista de prensa y narrador) lo hizo para difundir las ideas positivistas e instruir a las grandes masas analfabetas y depauperadas y acercarlas a los parámetros de la civilidad deseada. Su obra *Peonía*, se inscribe de manera diáfana en esta propuesta estético-pedagógica.

Bajo este marco referencial de los Estudios Culturales, el presente artículo mostrará como el producto cultural (la novela *Peonía*) presenta una sociedad rural venezolana desde la óptica positivista del autor y, al

mismo tiempo, ejercicio ideológico, antes que estético para promover desde la letra escrita los cambios urgentes en todas las esferas de la sociedad venezolana, dando preeminencia al mundo rural, como el gran espacio a civilizar, junto a sus habitantes: campesinos y dueños de propiedades.

### Contexto histórico y anécdota

La novela *Peonía* de Manuel Vicente Romero García, fue publicada en el año de 1890. Tuvo amplia acogida entre los críticos de su momento desde la perspectiva de análisis sociológico. Fue recibida como un libelo contra la recién finalizada dictadura en tres tiempos del Gral. Antonio Guzmán Blanco y llamada la primera novela venezolana como género literario. Igualmente, se le caracterizó como la primera novela criollista por su temática enfocada en el mundo rural venezolano.

Sobre el primer aspecto señalado, el autor sufrió encarcelamiento durante el régimen de Guzmán Blanco y es un elemento extraliterario que se inserta en la obra y, con mirada crítica contemporánea, el agregado de este episodio biográfico le resta calidad estética a la novela. Las continuas digresiones para cuestionar al

1 Véase el ensayo de D. Miliani (2003) acerca de este intelectual venezolano de fines del siglo XIX.

primer mandatario, su política, egolatría, etc.; no sólo hacen desviar la atención de la trama novelesca sino que también confunden al lector acerca del género del libro: novela de ficción o novela-manifiesto.

Sobre la temática criollista de la obra y su carácter inaugural en la historiografía venezolana, se han escrito muchos ensayos para ratificarlo o negarlo. Urbaneja Achelpohl (1895); Pimentel Coronel (1895); Rafael Angarita Arvelo (1938), Santiago Key Ayala (1955); Picón Salas, M. (1961), D. Miliani (1975), Larrazábal Henríquez, O. (1980), y muchos más en variados artículos de prensa. Los más recientes juicios de L. Carrera (2010) hablan afirmativamente sobre la obra y su afortunada irrupción en la literatura venezolana de fines del siglo diecinueve. Otros juicios críticos más contemporáneos como los de los estudios sociológicos y culturalistas quieren presentar un análisis crítico desde las líneas de acción del proyecto modernizador en el período republicano venezolano del siglo XIX.

La anécdota de *Peonía* se resume de la siguiente manera: El protagonista Carlos nació y creció en Caracas; se ha graduado en la Universidad Central de Ingeniería y Matemáticas, es culto, racionalista en extremo y le solicitan resolver un problema de deslinde de tierras entre sus dos tíos maternos: Tío Pedro y

Tío Nicolás. Las tierras se ubican en los Valles del Tuy y la hacienda de Tío Pedro se llama 'Peonía'. Allí vive éste con nueva esposa Carmelita, quien era sirvienta de la casa en vida de la primera esposa. Tío Pedro tiene tres hijos: Andrea de 16 años, Luisa 15 años y Pedro (Perucho) de 12 años. Ninguno de ellos va a la escuela. Viven la vida del campo con resignación y conformismo. La actividad productora de la hacienda es el cultivo de caña de azúcar y producción de melaza. Las técnicas agrícolas empleadas son arcaicas y poco productivas y como colofón Tío Pedro está endeudado con la banca de aquel momento. No lee prensa, ni libros y sólo respeta y defiende las consejas de la tradición. Es crédulo de brujerías y charlatanes o "curiosas" para recuperar la salud y al mismo tiempo respetuoso observador de las tradiciones de la iglesia católica como bendecir los alimentos, entre otros.

El tío Nicolás vive en la hacienda vecina, con su esposa nacida en Caracas, y varios hijos de los cuales no se da mayor información. Tío Nicolás pone en práctica los últimos adelantos científicos para las actividades agrícolas, incluidos los instrumentos. Lee prensa nacional y cree en el progreso de la ciencia. Exhibe en su hacienda elementos de vida cosmopolita como los licores importados, los libros en francés, las litografías y cromos de

paisajes franceses y temas mitológicos. El personaje Carlos describe prolijamente este espacio pues es la antítesis de la hacienda de Tío Pedro y de paso, deja establecida su afinidad ideológica con éste pariente, a quien considera progresista aunque, se defina conservador por las lecturas que tiene a la mano.

Carlos establece los linderos atendiendo a las características geográficas de la zona y beneficiando a ambas partes. Pero el tío Pedro desea quedarse con la sección del río colindante y desconoce el trabajo de Carlos como agrimensor.

Los dos tíos representan las caras opuestas de la sociedad venezolana para el último tercio del siglo XIX: uno, la civilidad y el espíritu de la modernidad en todos los actos de su vida y pensamiento. El otro representa la barbarie y el espíritu conservador apegado a las tradiciones más retardatarias de la sociedad rural, en consecuencia la incultura reforzadora del atraso y que era necesario superar.

La historia tiene un final trágico pues, el espíritu de barbarie se impone en la figura del peón Casiano como General de alguna montonera recién alzado en armas contra el poder central; la joven Andrea de prostituta en Caracas; la cárcel para el Tío Nicolás por una falsa acusación de intento de asesinato de Tío Pedro y la muerte de éste y de su hija Luisa en un voraz incendio de la ha-

cienda 'Peonía'. El proyecto civilizador a través de la palabra queda trunco y una atmósfera de pesimismo envuelve la novela como moraleja final. Sin embargo, la labor pedagógica de la obra de propiciar la nueva ciudadanía, a partir de la razón y no de la tradición en la conciencia de los venezolanos estaba perfectamente proyectada.

### **Análisis**

En el análisis temático de *Peonía* se tomaron cuatro elementos, entre muchos, como los rasgos a superar por el espacio rural venezolano para acceder a estadios culturales y sociales de desarrollo y progreso. Estos aspectos están expresados en oposiciones: 1. Ejercicio de la Ley de la Modernización (leyes escritas) vs. Ejercicio de la Ley de las Costumbres (tradiciones transmitidas oralmente). 2. La cultura académica de las ciudades (ciudad letrada) vs. Cultura tradicional rural (cultura popular de las regiones aisladas). 3. La higiene corporal y del hábitat como práctica de civilidad vs. El desaseo e insalubridad doméstica como expresión de barbarie. 4. La pasión y la lujuria como debilidad femenina —que no masculina— de sociedades atrasadas y propias de razas inferiores como indios y negros vs. La castidad y el pudor como fortaleza moral de las mujeres de sociedades modernas o civilizadas.



De estos cuatro aspectos los más desarrollados en la obra como posible expresión de la ideología del autor está la alusión y defensa constante de la Ley Escrita (Leyes, Decretos, Ordenanzas y otros) cultivada en las ciudades y vehiculada a través de la escritura, en oposición de la Ley consuetudinaria; que seguía siendo de carácter oral y reforzadora de las tradiciones establecidas desde el período colonial.

En este aspecto, la voz racionalista, progresista de Carlos se opone a la voz recalcitrante del Tío Pedro, defendiendo el orden más conservador y atrasado de la sociedad venezolana de finales del siglo diecinueve. Uno de los temas más expuestos es el del desarrollo del agro venezolano. Según Carlos, “la agricultura no puede salir de su mala situación económica mientras no haya bancos en buenas condiciones” (p.27)<sup>2</sup>. Cómo el tema de la economía está asociado a las políticas gubernamentales del régimen de turno, los diálogos entre tío y sobrino exponen o más bien enjuician las decisiones económicas del gobierno guzmanista. Un ejemplo de ello es el estímulo de la inmigración europea para incorporar mano de obra calificada y genes de mejor calidad para la

conformación de los futuros venezolanos; el mejoramiento de la “raza”. Afirma Carlos, “...hay necesidad de brazos y los brazos vienen con una buena corriente de inmigración” (27) A lo que responde el Tío Pedro, “¿Para qué sirven los tales isleños y los tales italianos que nos ha traído el general Guzmán? (...) Que traigan negros para comprarlos a trescientos pesos en la Guaira (...) y que les dé dineros a los agricultores para salvarse de la tiranía de ese comercio ladrón”. (27). Y el personaje prosigue con su discurso conservador, “... gobiernos buenos verdaderamente paternales (...) gobiernos que le pongan a uno los jornales baratos (...) a estos negros hay que tenerlos bajo el látigo, porque son muy haraganes ¡Malditos liberales que nos han traído guerra, pobreza y zozobra!” (27).

Otro aspecto es la permanencia de la ley de la costumbre en materia médica opuesta al avance de la Terapéutica Moderna. Mientras Carlos cuestiona la automedicación en el mundo rural en una escena satírica y burlona; va describiendo la estrategia médica del tío Pedro para solventar la situación de un aborto, -no se precisa si es espontáneo o no - de su esposa, Carmelita, “... yo no

2 Todas las citas textuales de *Peonía* se han extraído de la edición de Eduven, C.A., Caracas, 2001.



comprendo para qué sirven los tales doctores cuando uno tiene sus remedios y un libro de medicina casera.” (118). Narra Carlos con sarcasmo el arsenal médico del Tío Pedro, “...una botica en miniatura, desordenada y sucia” (117). Todo el capítulo 61 satiriza la práctica médica ejercida por las personas conocedoras de las potencialidades de las hiervas y llamadas “curiosas” en el medio rural.

Otro tema de discusión entre Carlos y el Tío Pedro será la urgencia de modernizar la maquinaria y los procesos productivos agrícolas. Aquí se despliegan las tesis positivistas del autor para promover el desarrollo del campo venezolano. El personaje enumera las necesidades más urgentes: humanizar el tratamiento de los trabajadores del campo y la mejora de condiciones de trabajo de los empleados o peones; la necesidad de reformar el sistema bancario para que la usura desaparezca y permita crecer la economía rural. Por último, como instrumento de reconfirmación de la cultura letrada; el personaje Carlos como vocero del letrado pedagogo insiste en la necesidad de leer, sobre todo literatura técnica, para familiarizar a los productores del campo con la creciente maquinización del agro.

Una tesis modernizadora a difundir a través de la novela era el tema del matrimonio y el divorcio.

Tesis enmarcada en la oposición de Leyes escritas contra la Ley de las costumbres. El divorcio fue un derecho civil ausente en la sociedad venezolana y apenas establecido en 1904. En el campo las uniones se formaban a través de la práctica del concubinato. Sobre el divorcio y la necesidad de establecerlo, el personaje Carlos expresa, “[no tenemos divorcio]...porque no hay quien quiera romper con la tradición” (69). El mismo personaje, como inobjetable proyección del autor, entra en contradicción al razonar sobre el mismo tema, “nuestra legislación viene de fuentes que pudiéramos llamar viciosas; los legisladores venezolanos la han dado por copiar sin saber que opinan no sé si olvidando o ignorando que las leyes deben ser reflejo de las costumbres, producto de ella” (69).

Salta a la vista una contradicción: Para un personaje en permanente querrela intelectual con las tradiciones arcaicas y anquilosadas, su interrogación acerca de los legisladores que aún no recogen en leyes escritas lo que son las costumbres más arraigadas del pueblo venezolano es desconcertante. Si las costumbres impuestas desde los tiempos de la Colonia son vistas, en el último tercio del siglo XIX, como rémora a eliminar, no se explicita cuáles son las costumbres para defender o preservar: si las anteriores a lo hispano, o las hispanas en

propiedad. De cualquier manera, sorprende su defensa del divorcio y lo perentorio de su establecimiento en las leyes venezolanas.

Igualmente, junto a la oposición de las leyes orales y escritas, está la cultura que se deriva de lo oral, amalgama de tradiciones indígenas con elementos hispanos; y que era uno de los síntomas más evidentes del atraso de la sociedad venezolana. Esto está en contrastación con el modelo de cultura que la ciudad se esforzaba en construir y que no era sino expresión de un modelo de modernización inspirado en las sociedades europeas, pero no hispanas. Dentro de la cultura se incluye el aspecto religioso, y aspectos artísticos como el gusto por el arte como expresión de elevado espíritu y progreso espiritual.

La lectura de novelas es otro aspecto a considerar dentro de la obra pues, el personaje Carlos parte de una premisa peculiar: las novelas leídas por las mujeres son, forzosamente, románticas y a éstas se las considera falsas y alienantes para las potenciales lectoras, por su carga de imposturas. Por tanto, los lectores más perjudicados serían las mujeres. Los hombres, hipotéticamente, leían otro tipo de novelas que sí eran instructivas y constructivas de nacionalidad. El personaje alerta a su prima Luisa acerca de lo nocivo que es leer novelas románticas por su ca-

rácter de copia ridícula de la realidad. Para rematar su visión sobre la literatura romántica, el personaje Carlos afirma, “Hoy se ama con el siglo: con el vapor, la electricidad, con todos los agentes que acrecientan la vida (...) yo, lejos de gustar de lloriqueos, les tengo miedo; el romanticismo pasó...” (107). Nuevamente el personaje deja traslucir al autor Romero García. Obviamente, no pudo advertir su propia contradicción pues escribió una novela para cuestionarla como género que embauca y falsea la realidad. El autor, simplemente, estaba respondiendo a una pulsión intelectual de la época que afirmaba que la novela debía revelar las costumbres nacionales y denunciar los males de la sociedad, más debía huir de los excesos sentimentales que el movimiento romántico americano había impuesto y que se había copiado indiscriminadamente del modelo francés.

Se cifró en la novela una capacidad pedagógica infinita por el poder transformador del verbo, y con más precisión se estimuló la producción de una novela centrada en las costumbres de un país. De allí que dentro de la ficción novelesca de *Peonía* se rechace el folletín romántico pero, se siga apostando al valor pedagógico del género en materia de formación de la nacionalidad y civilización de la sociedad venezolana.

Se insiste en la ausencia de ciudadanía, la cual no se define claramente sino, por la negatividad: lo opuesto a la ciudadanía son las muestras de barbarie en la mezcla racial, las ausencia de prácticas de higiene, el peso de las tradiciones religiosas, las prácticas económicas atrasadas, la ausencia de tecnología agrícola, la ausencia de educación formal en los habitantes del campo, etc. Toda esta caracterización del campo venezolano y sus habitantes les niega la condición de ciudadanos; pues el proyecto modernizador de las élites formulaba que la ciudadanía debía construirse desde las principales ciudades. La ciudadanía residía en la ciudad capital –Caracas– con sus habitantes, los elementos educativos, culturales, urbanísticos, políticos, de higiene personal y social, y un largo etcétera que la convertían en el modelo positivo de progreso a alcanzar, y deslastrarse de la condición de país atrasado.

Esta polémica del personaje Carlos sobre la civilización versus el atraso va en sentido creciente, pues la inicia con el abuelo en la ciudad de Caracas, y se va elevando de tono con el tío Pedro en su hacienda; para culminar en sus conversaciones con el amigo de la ciudad capital, quien se desempeña como médico rural y con quien es afín en sus ideales de modernidad. Una muestra en el texto, “...el espíritu de la época presente es de lucha, los obreros del pro-

greso van armados de una piqueta, porque su misión es demoler. –¿Y cómo saldremos de este estado de inercia política y social? – Moviéndonos, moviéndonos con la rapidez del vértigo” (76).

El tercer elemento de la tesis programática desarrollada por Romero García en *Peonía* es la preocupación por la higiene corporal frente al desaseo e insalubridad de espacios y del cuerpo humano. Lo primero es expuesto como práctica de civilidad necesaria y perentoria para todos los habitantes del país. Y su persistencia en el espacio rural como una expresión de incultura extrema que debía erradicarse.

La insalubridad en los espacios se muestra de manera insistente y casi obsesiva en la hacienda de Tío Pedro. Una muestra del relato:

“...en Venezuela se cree generalmente que una casa de campo implica desaseo, y esa comodidad de vida con los animales domésticos, que las da aspecto del Arca. Malas mañas que serán siempre una rémora al progreso; porque el dejo y el descuido, lejos de levantar, deprimen la condición humana” (55-56).

Su contraposición higiénica está en la hacienda del Tío Nicolás. De su entorno físico y sus habitantes se nos refiere de manera benévola, admirativa. Dos ejemplos del texto, “Frente a mí había dos cuadros bellísimos, en litografía, copia de uno

que, según decían, está en el museo de Versailles... (49). “ Mi tío me iba gustando; trasegaba ron y brandy, últimos refinamientos de la civilización; en ‘Peonia’, ni amargo siquiera podía beber, porque el pulpero no lo incluía nunca en sus facturas” (51).

En cuanto a los personajes, se seguirán mostrando sus caracteres como oposición absoluta. Toda la pulcritud e higiene corporal se exhibe en la casa del tío Nicolás, mientras que los habitantes de la hacienda de Tío Pedro serán mostrados como seres desaseados, ajenos a las normas de higiene más elementales y deslizando a través del discurso la idea de que la falta de aseo es sinónimo de sordidez moral. Un breve ejemplo, “Las pecheras acartonadas y brillantes de mis camisas estaban hechas un mosaico, en que andaban las huellas enlodadas de la gallina, y las terrosas manos de la gata, de aquella *Lila* (sic) con que jugaba Fernando, el *fiado* (sic) de mi tío “ (55).

El cuarto elemento objeto de análisis en esta prédica civilizadora apoyada en la ficción es el control de las pulsiones eróticas de los campesinos venezolanos. Como el autor está dominado por las tesis positivistas, este tema (tan espinoso como ineludible en la construcción de ciudadanía republicana) se presenta como la oposición lujuria vs casti-

dad. Contrastar este aspecto por parte del autor desdoblado en personaje lo lleva directo a la visión masculina hacia la mujer en la sociedad venezolana de la segunda mitad del siglo XIX: una problemática femenina que lo masculino debía resolver. La mujer era vista como un ser débil, sin carácter definido, mudable en sus emociones y es una persona lábil que debe dejarse conducir por un hombre, bajo la figura jurídica de padre o esposo. Si se profundizaba en la reflexión se concluía que la mujer carecía de ciudadanía. Se le habían asignado unas limitantes mentales que las inhabilitaban para dicha condición dentro de la sociedad republicana. Como afirma M. L. Pratt, “el monopolio político masculino se legitimaba atribuyendo a las mujeres un conjunto de defectos naturales que las incapacitan para la ciudadanía: la falta de razón, la incapacidad para el pensamiento abstracto, el emocionalismo, el infantilismo, etc.” (1995:263). El vocero ficcional de Romero García lo dice en otras palabras, “...el alma de una mujer es un pedazo de cera que recibe al calor de un afecto la forma que quiera dársele” (66).

El personaje que encarna este rasgo es Luisa. De tan sólo 14 años, es a los ojos de Carlos, “...muchacha sencilla, inculta, inocente (...) niña huérfana cuando más falta hace a la mujer ese calor moral que dan las

madres (...) es la debilidad que reclama protección; son las lágrimas que buscan una mano que las enjague; es la esperanza que busca horizontes...” (32). Más adelante refuerza esta visión de la mujer venezolana del mundo rural: “He ahí la mujer –me dije–; su mayor satisfacción es encontrar quien la domine y la guíe en sus afectos y creencias...” (33)-

Esta personalidad femenina tipo, posee entonces la exacta dosis de ingenuidad e incultura que la hace virginal, pudorosa e incapacitada orgánica y mentalmente para desarrollar ideas o actitudes eróticas o lujuriosas; tan degradantes moralmente, como incivilizadas. Y las elevaba al nivel superior de futuro ángel del hogar y madre dedicada.

Su opuesto es la vertiente de la mujer apasionada y lasciva, personalidad tipo impugnada como una expresión de barbarie que frena el progreso de la sociedad. Aquí la pasión es vista como lujuria que impulsa a las mujeres a la degradación moral pues la sexualidad se manifiesta como acción infrahumana y debe tener un freno absoluto. La vitalidad sexual en las mujeres a los ojos del protagonista-autor las degrada moralmente y es un aspecto ético-moral a tomar en cuenta en el campo pues, ello abonaba elementos de degradación en la personalidad y reforzaba el ominoso atraso cultural

del campo frente a la ciudad. Este tipo de personaje lo encarna Andrea. Ella de sólo 16 años a los ojos del narrador protagonista es, “...viva, quizás más viva de lo necesario, esbelta, bien formada. No sé por qué me llamó mucho la atención su prematuro desarrollo” (22). Una serie de situaciones equívocas en la hacienda ‘Peonía’ la presentan como una mujer voluptuosa que osa tener a tan corta edad amantes entre los peones, pues ya ha sido madre de un niño del cual se desentendió. No la considera una persona falta de educación sino, promiscua y degradada moralmente.

A lo largo de la novela se presenta un contraste entre las campesinas venezolanas del período republicano: Las virginales y las deshonradas. Ambas residiendo en el campo, pero con necesidad urgente de recibir la protección paternal de un hombre, que las instruya para la castidad y el pudor como fortaleza moral de las mujeres de sociedades modernas o civilizadas.

Con esta concepción es fácil deducir que tanto la pasión como la lujuria son debilidad estrictamente femenina –en ningún caso masculina– y como mal social se contagia más fácilmente entre las razas indígena y negroide y su respectivo mestizaje, residentes en espacios atrasados como el rural. Su contrapartida positiva estaría en las civilizadas ciuda-

des donde otros mecanismos como la educación familiar, las estrictas reglas sociales someten estas pulsiones a procesos de depuración moral que los lleva hacia cotas tan altas como la castidad.

La madre de Andrea, Carmelita, recibe juicios censores más acentuados por parte del personaje Carlos. Desde la descripción física se muestra prejuiciado y desvalorizante de lo indígena. Su personalidad está en congruencia con lo degradado de su pasado étnico, "...inculta, altanera y zafada en sus modales lejos de desmentir su origen lo ratificaba [indígena] (...) Su belleza no era notable tenía líneas toscas y groseras..." (22).

En otra vertiente del tema femenino está el trato que el hombre inculto (el bárbaro rural) le confiere a las mujeres bajo su tutela, sea esposa o hijas. Tío Pedro maltrata de palabra y de hecho a su esposa Carmelita, bajo la premisa de "mujer y mula por la cintura"; a sus hijas le maltrata físicamente con un rejo. Mientras el tío Pedro reitera el maltrato físico y verbal y expresa, "...la mujer no sirve más que para la cama y remendar la ropa, cuidar de sus hijos, si los tiene, y rezar..." (74). Carlos, en teoría defensor benevolente, las conceptualiza como seres débiles congénitamente, pero necesitadas de protección y rigor paternal, sin llegar a las golpizas. Es una tímida defensa de la mujer sin dejar de ser

una confirmación del paradigma patriarcal de ser los hombres, la voz autorizada para hablar de la mujer.

Dejando a un lado la peripecia ficcional, el personaje Carlos, en su afán didáctico y moralizante de la Venezuela que debía cambiar, expone ante los lectores juicios que van en detrimento de la ficción novelesca, y refuerzan más bien el mensaje pedagógico de la obra: "El presente es una consecuencia del pasado, las generaciones actuales tienen dolores y miserias que son como detritus de miserias y dolores de otras generaciones; en la sociedad hay atavismo como en los individuos." (76). "El progreso humano se realiza en serie y cada una de ellas arranca de un dolor íntimo; las etapas de la civilización se marcan con sangre (...) esas gotas, amigo mío son las lágrimas del progreso" (77). La encomienda ideológica del positivismo estaba servida para aleccionar al lector.

El final de la obra es apocalíptico pues, la mayor parte de los personajes desaparecen en medio de incendios, cárceles, muertes súbitas y la persistencia de la barbarie y el caos en el ascenso de uno de los peones de la hacienda Peonía a General de montonera de uno de los tantos alzamientos vividos en el país al final del siglo XIX. Las muertes de los actores más positivos de la ficción evidencian el ánimo fatalista del autor y su pesimismo acerca de la re-

generación del mundo rural, si los personajes más ignorantes y atrasados del medio eran los emergentes en posiciones de mando.

### Conclusiones

Las reflexiones conclusivas que pueden hacerse a este análisis desde el punto de vista culturalista son las siguientes: Las élites dominantes capitalinas se sirvieron de la literatura y se esforzaron por construir un corpus literario (“una literatura nacional”) para afianzar las representaciones sociales y la unidad política nacional como mecanismo para impulsar la anhelada modernización de Venezuela. La literatura que se auspició fue antes que un objeto estético, una práctica discursiva en la que los escritores vertían una serie de valores o premisas ideológicas determinadas con anticipación para construir una realidad, un pueblo, una nacionalidad.

Con el advenimiento de las ideas del positivismo, en el último tercio del siglo XIX, se dio una reafirmación tanto del proyecto liberal como de la misión pedagógica en los intelectuales de construir tanto la nacionalidad como la civilidad venezolana. Era un imperativo tanto poblar como civilizar los espacios rurales para generalizar así el progreso de todo el país. Al asumir los principios positivistas como mandato mo-

ral para consolidar la república próspera y civilizada –según el paradigma noratlántico– los intelectuales venezolanos, y Romero García entre ellos, refinaron a través del discurso literario el mensaje de la imposter-gable civilización sobre el rústico campo.

*Peonía* despliega los postulados positivos sobre el mundo rural venezolano enfrentando la realidad del campo en forma de oposiciones. El desglose de esas cuatro oposiciones que engloban otras menores en la novela, fue utilizada para proponer el prototipo de campiña ideal: un espacio para la ascendente maquinización, la institucionalización de las ciencias exactas y experimentales, como la matemática y la medicina, el reforzamiento de las leyes escritas por encima de las consuetudinarias, entre las más importantes. En cuanto a la moral, no puede decirse que sea un hallazgo positivista. Por el contrario, era la actualización de los más rancios valores patriarcales heredados del período colonial que aún perduraban.

El análisis culturalista pone de relieve que los principios positivistas se contradicen en la obra y esto último formó parte del mensaje pedagógico subyacente. Según el personaje principal (voz en sordina de Romero García) no podría haber progreso positivo en el país, si las bases de la sociedad venezolana eran espurias y



contaminadas por elementos culturales tan diferenciados y ahistóricos como lo indígena. Esta afirmación dentro del discurso ficcional lo que evidencia es que tanto Romero García como el cuerpo letrado nacional carecieron de una desprejuiciada visión de las regiones rurales y el componente indígena. El pensamiento liberal al igual que el conservador de aquellos estuvo limitado para incorporar como elementos constitutivos de la nacionalidad venezolana a las culturas indígenas. Y el mestizaje, fue igualmente desacreditado porque significaba una extensión de dicho elemento indígena.

Los novelistas influenciados por el positivismo describieron con falso sentido nacionalista las características de las zonas rurales, sólo para resaltar la mixtura de elementos raciales hispanos, con los indígenas y lo africano y presentarlos como una conformación genético-cultural negativa. Esto fue interpretado como una limitante o “tara genética” haciendo más difícil y conflictiva su inserción el orden y civilización oc-

cidental, propuesto desde el cuerpo letrado legislador venezolano.

Había que civilizar el campo, pero éste estaba descalificado para civilizarse por su conformación racial y cultural hispano-indígena. Tal contradicción entre los intelectuales del período finisecular venezolano fue una constante en sus escritos y de improbable salida práctica pues, en el fondo, era un conflicto en el plano de las mentalidades dominantes entre ellos.

*Peonía* es, desde esa perspectiva, una obsesión civilizadora en abstracto y una reflexión en negativo de la clase rural mestiza venezolana. Un ejercicio pedagógico y estético en el que la ideología política del autor entra en contradicción con la manifiesta realidad; pues se define lo rural como elemento puro e incontaminado de la formación cultural venezolana y al mismo tiempo se reniega del mismo, haciéndolo depositario de la barbarie e incivilidad que nos ataba al pasado más colonizado (el modelo hispano) y nos alejaba del faro civilizador europeo (el modelo anglo-francés).

### Bibliografía

GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz (2002). *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional*. Madrid. Iberoamericana-Vervuert.

\_\_\_\_\_ et al. (1999). “Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público y privado”, en *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina* (1995). Caracas: Monte Ávila Editores y Equinoccio Universidad Simón Bolívar. pp. 431-455.

- LARRAZÁBAL HENRIQUEZ, Oswaldo (1980). *Historia y Crítica de la Novela Venezolana del siglo XIX*. Caracas, Universidad Central de Venezuela. Facultad de Humanidades y Educación. Instituto de Investigaciones Literarias.
- MILIANI, Domingo (2003). *Tríptico venezolano. Narrativa. Pensamiento. Crítica*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela.
- PICÓN SALAS, M. (1961). *Estudios de la Literatura Venezolana*. Caracas-Madrid Ediciones Edime.
- PRATT, Mary Louse (1995). “Género y ciudadanía: las mujeres en diálogo con la nación”, en *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Ávila Editores y Equinoccio Universidad Simón Bolívar. Pp. 261-275.
- ROMERO GARCÍA, Manuel V. (2001). *Peonía*. Caracas, Eduven, C.A. <http://liduvina-carrera.blogspot.com/> Romerogarcia y su tesis positivista en Peonia domingo, 4 de abril de 2010. (Visitado 2011, febrero, 11).